

ARRIEROS

Por MANUEL ROJAS

LOS ARRIEROS FORMAN PARTE DEL grupo de los pocos seres libres que quedan en algunos países, Chile entre ellos. Sin embargo, disminuirán con el tiempo, aunque dentro de bastante tiempo: los buenos caminos y los transportes motorizados, los aviones de carga, terminarán con ellos, y será una lástima. Pero el mundo parece no gustar de seres libres, libres de horario fijo, libres de oficinas o de talleres, esos seres que duermen en diversas partes cada noche, durante una semana y a veces en distintos países, sin detenerse en ninguno. Sólo los ingenieros de minas, los geólogos, los vagabundos enamorados de la cordillera, los feaut, de procurarán retenerlos. Sin embargo, los arrieros, sean de donde sean, van a desaparecer. Han sido utilizados en el desarrollo de todos los países: no sólo han transportado animales o carga, sino que han llevado correspondencia, servido a los guerrilleros y patriotas, hallado a los perdidos, ayudado a los extraviados, abierto huellas por donde los seres y las ideas han pasado con seguridad. Fueron arrieros los que dirigieron a San Martín desde Mendoza y arrieros los que ayudaron a Manuel Rodríguez.

Pero el arriero no es sólo un arriero, es decir, un hombre que puede arrear o transportar con sus mulas personas, mercaderías o animales: sirve para mucho más, sabe y puede hacer muchas cosas más, algunas buenas y otras malas, oficios de la tierra, picardías de pobre, desviaciones de la miseria:

MÚLTIPLE

—Nadie más conocedor de estas cordilleras que yo. Nací, me he criado y he de morir en ellas. No hay trabajo que no se haga por estos cerros que yo no me le haya apegado. He sido marucho, apil, ayuante de fragua, herrador de machos y mulas, leñador, calbano, quesero, cabrero, catador, pirquinero, guía, dotol en mulas, carretero, barretero, cargador, chancador; a toito le he puesto el hombro y no me acuerdo las veces que me he quedado invernando. Conozco todas las quebradas de estas serranías y todos los laboreos, ya sean viejos, nuevos o abandonados; pregunte a quien quiera por Froilán Urrutia; es tan conocedor de estos lugares, que he servido de baquilano para los cafones de Dolores, La Yerba Loca, El Infernillo, Las Condes, El Plomo, Los Piuquenes, para los potreros de Lo Castro, Peldehue, Lo Guzmán y la Sierra del Guanaco; es de cansarse hablando. Cuando se pescan estas pláticas no se termina nunca. —dice el personaje del libro del desaparecido Juan Modesto Castro, "Froilán Urrutia".

Todo eso sabe hacer también un arriero. Sabe hacer y puede hacer también otras cosas: puede ser contrabandista y, si se terna, si algo ocurre, si la suerte es mala, y él es impaciente, bandido, oficios de la tierra y de la montaña, desviaciones de la miseria, fatalidad, como se dice: "Se fatalizó". Ante todo, por supuesto, es arriero. Su mundo es casi misterioso para nosotros, seres sedentarios, anquilosados, perseguidores de la oportunidad de subir o de ganar. Su mentalidad es casi como la de un pájaro o un animal y sólo la pierde cuando la tentación es grande y no puede ya resistirla. ¿Dónde vive, dónde aloja en sus trajes cordilleranos? Generalmente, en lo que él denomina "casas de piedra", que no son más que huecos bajo las rocas, huecos grandes o que él ha agrandado, escurando, y donde hace su fueguito, toma su té o su mate, come su charqui o bebe su harina tostada y tiende sus pilchas y partes de su apero para descansar. Puede haber allí sapos o dormir un zorro, pero ¡qué le van a hacer a un arriero unos sapos o un zorro! Es un hombre duro, increíblemente duro, resistente al frío y al calor, a la soledad y al miedo.

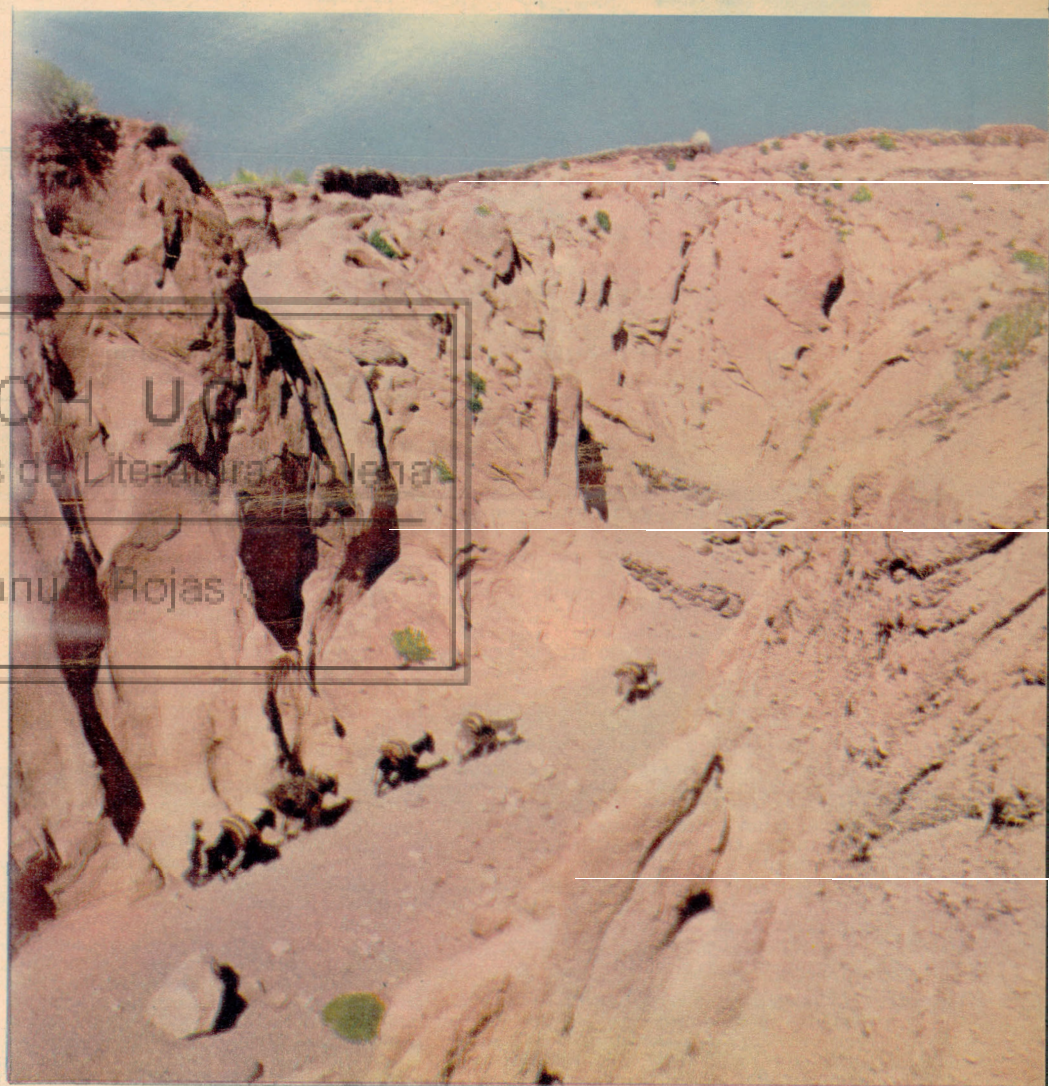
¿Cuándo llegará, adónde va y cuán-

do volverá? Lo sabe. Ha medido cada llano, cada sendero, cada rinconada, cada potrero, casi cada piedra; sabe cuánto se demorará en subir a un portezuelo, en atravesar una quebrada, sabe qué olor hay aquí, qué aguas corren allá, aquí hay una mancha de culenes, acullá una de lunes; le ha puesto nombre a todo o conoce los nombres de todo, no hay en la cordillera o en el desierto lugar alguno que no tenga un nombre cualquiera, y él lo conoce, así como conoce los de las plantas y árboles, bichos y esterros. En su mente está todo, hasta el sonido del viento en esta cumbre, y lo recorre todo en cada viaje, no olvida nada, El Agua de la Vieja, El Potrero de la Engorda, El Rincón de los Cóndores, El Morro de las Tórtolas, Los Chorreados, La Quebrada de las Yeguas, La Charca de los Matuastos, son para él lo que las calles, las plazas y los barrios de nuestra ciudad son para nosotros. De otro modo, ¿cómo podría indicar algo, dar un derrotero, un desecho? Y no sólo sabe eso: sabe el tiempo que va a hacer y si podrá llegar, con ese tiempo, al paso de Nieves Negras o a la Casa de Piedra de Vélez. Todo esto es vital para él, lo aprendió siendo marucho, cuando, montado en la mula madrina de la tropilla de su taita, de su padrino o de su tío muy niño todavía se internó por los cajones cordilleranos en busca del concimiento que le permitiría, años después, llegar a ser arriero respetado.

EL HOMBRE HADA

Porque si hay en un país, en Chile, un hombre que inspira respeto, un respeto que no merecen muchos diputados y senadores e incluso presidentes o generales, ese hombre es el arriero. Pueden llamarle El Pajarito, El Negro, El Chasca, El Hermógenes o El Maturana, y si pasa con su tropilla puedes mirarlo con displicencia, es nada más que un arriero, ahí va, con la camisa afuera, el sombrero ladeado al ojo, no se ha peinado desde hace semanas, generalmente se acuesta vestido, no sabe inglés e ignora lo que es la nueva ola, no conoce ni siquiera la vieja, pero cuando un hombre está perdido en las montañas o está cansado, de bajada del Alto de los Bronces, del Echaurren o del Mesón Largo, y viene la noche y está helado además y mira para todas partes en busca del arriero, desesperando ya de que llegue, y él llega, aparece con su tropilla, aquel hombre se transforma en una especie de hada, el ladrido de su perro parece la voz de la más leal Penélope del mundo y la campanilla de su mula madrina la mejor sonata que se haya oído en la vida. Arriero que falla, arriero que no llega, que

EN LA MONTAÑA: dos puntas tiene el camino.



abandona a quien o a quienes lo contrataron, es arriero perdido; nadie lo recomendará, nadie confiará en él y sólo podrá dedicarse a trabajos brutos o turbios; perderá de todos.

Viviendo como vive, en la soledad, en medio de amplios espacios, pero también en lugares amenazantes frecuentados por la nieve, el viento, pájaros de rapiña, animales carnívoros, como el león, o inocentes herbívoros, como el guanaco, todos solitarios, pasando tan pronto por cumbres resplandecientes como por oscuras quebradas, peligrosas pendientes y estrechos pasos, el arriero tiene, como cualquier otro hombre que vive en condiciones parecidas, una alma temerosa y soñadora; ha creado, para su propio terror, el fantasma de la Lola, una mujer que llama lastimeramente en las montañas en busca de auxilio y que luego, auxiliada por algún ingenio trashumante, lo arroja a un abismo, a donde baja en seguida a comerle los ojos. Perros, cóndores, guanacos, zorros, águilas, chivatos, todos fantasmales, hay a lo largo de Chile vigilando minas de oro, buscando amos perdidos o simplemente matando, a todos creados por los arrieros.

Vive, generalmente, en la precordillera, en algún rancho propio o dentro de un fundo, sirve al patrón de ese

fundo o a cualquiera que lo solicite. Suele ser, en su gran mayoría, analfabeto; su sabiduría es de otro orden, un orden más vital, aunque menos académico. Algunos son poetas, todos son bondadosos, incluso con sus animales, que son sus herramientas de trabajo. Un día, en la cordillera, en los momentos en que irritado me disponía a castigar a una mula que casi me había tirado al suelo a una de mis hijas, el arriero se interpuso suavemente entre el animal y yo, tomó a la mula por el cabestro y se la llevó como si fuera un niño obediente. Me explicó después que la culpa era mía: llevaba en las manos una red para cazar mariposas y espanté al animal al moverla violentamente ante sus ojos. Por desgracia, no podía ir a pedir perdón a la mula y quedé lleno de vergüenza.

El arriero, sus mulas o mulos, sus perros, la campanilla de la madrina, su soledad, su conocimiento, su sobriedad, su lealtad, han sido, desde siglos, temas de poetas populares y aún de poetas cultos. Oficio antiguo para hombres de confianza, el de arriero enorgullece al que lo practica y él lo honra con su trabajo y su nombre.

"Arrieros somos y por el mismo camino vamos", dice el refrán. Sí, pero unos arrear mulas y otros arrear cosas menos nobles. ■